

CAMINAR EN LA ESPERANZA

El año 2025 resulta muy especial por ser año jubilar. El papa Francisco nos invita a todos los creyentes a adentrarnos en él como «peregrinos de la esperanza». A lo largo de sus días iremos descubriendo múltiples aspectos de un acontecimiento capaz de reactivar nuestra vida cristiana desde la alegría y el compromiso.



AL abrirse las puertas del año santo, los cristianos recibimos una doble invitación. En primer lugar, somos llamados a «entrar» con una conciencia más clara en el Evangelio, en la vida de Cristo, para alimentar nuestra fe y redescubrir la belleza de nuestra vocación de discípulos y misioneros. En segundo lugar, estas puertas abiertas nos incitan a «salir» a las calles y las plazas, a la realidad cotidiana, para ser allí testigos del amor que recibimos del Señor. Somos invitados, en suma, a caminar en la esperanza a lo largo de estos 365 días tan especiales que se nos regalan, y también después.

La tradición jubilar data de muy antiguo. El capítulo 25 del libro del Levítico describe cómo Yahvé había prescrito a Israel celebrar un año sabático cada siete años; durante ese tiempo particular se tenía que dejar descansar a la tierra, sin realizar siembras, cose-

chas ni podas en los campos. Además, cada cincuenta años el pueblo había de observar un año jubilar, que apuntaba aún más lejos; en este caso, no solo se debía evitar trabajar la tierra, sino que las propiedades eran nuevamente repartidas y los esclavos recuperaban la libertad. A través de estas normas, Israel afirmaba la soberanía de Dios sobre toda la realidad creada, evitando que se instalaran a largo plazo las desigualdades en el pueblo.

Esta costumbre del Antiguo Testamento fue recuperada por la Iglesia que, a su vez, amplió el sentido espiritual de esta celebración. Fue en el año 1300 cuando el papa Benedicto VIII instituyó el primer año jubilar, con el objetivo de ofrecer a toda la Iglesia una oportunidad más densa de recibir el perdón de Dios. Seguramente recordemos el último jubileo universal, celebrado en el año

2015 con el propósito de hacer una gran experiencia de la misericordia.

En el jubileo de este año encontramos varios aspectos en los que iremos profundizando progresivamente. El primero de ellos es la peregrinación. Nos dice el papa: «No es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida» (*Bula* 9 de mayo 2024, n.º 5). No basta, pues, con haber visto la ceremonia de apertura de la puerta santa, ni con escuchar de vez en cuando ciertas alusiones a los actos jubilares. Se trata de participar activamente desde la disposición a caminar, a sentirnos Iglesia que avanza a tientas pero confiadamente, en auténtica solidaridad con los anhelos más hondos de nuestro mundo.

De aquí se deriva un segundo aspecto del jubileo que conviene tener presente, y que consiste en la fuerte llamada a leer toda la realidad con una mirada creyente. El papa utiliza para ello una expresión muy conocida, los «signos de los tiempos»: «Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece. Los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (*Bula* 9 mayo 2024, n.º 7).

En este sentido, al ponernos en camino necesitamos depurar la mirada para lograr percibir, en el seno de lo que ocurre a nuestro alrededor, el trabajo constante del Espíritu. De este modo iremos comprendiendo que la esperanza a la que somos llamados no se reduce a un futuro que todavía no vemos, sino que comienza ya aquí, en cambios pequeños provocados por gente pequeña, transformaciones que apuntan «al cielo nuevo y la tierra nueva» (Ap 21,1) donde todos nos sentiremos plenamente hijos y hermanos.

Lejos de consistir en especulaciones abstractas y desencarnadas, «la esperanza siempre tendrá rostro humano», como nos recuerda Francisco en *La esperanza no defrauda nunca* (Mensajero, 2024), el libro que ha escrito para ofrecer a los cristianos claves que orienten el año jubilar. Aquí encontramos un tercer aspecto del jubileo que nos ayudará a concretar personalmente el significado de este acontecimiento eclesial.

El papa detiene su atención en diversas situaciones que necesitan ser iluminadas por la luz del Evangelio, y asocia cada una de ellas a un «rostro humano»: el trabajo por la paz (un civil en situación de guerra), la apertura a la vida (una mujer embarazada), la hospitalidad (un migrante), la justicia y la dignidad (un pobre), un futuro sostenible (un abuelo y un nieto). Estas situaciones y estos rostros que Francisco menciona no agotan, ni mucho menos, el panorama de la esperanza, sino que provocan

a cada cristiano a preguntarse por los rostros que, en su propio entorno, le están reclamando concretamente una respuesta de esperanza.

Por fin, una cuarta perspectiva de este jubileo que ofrecerá sin duda un haz de luz peculiar al pueblo de Dios es considerar nuevamente el misterio de la encarnación del Señor, ya que recordamos el nacimiento de Jesús hace dos mil veinticinco años. La fe de la Iglesia se sustenta en la afirmación de que Dios mismo ha recorrido todos los avatares de la existencia humana en la persona de su propio Hijo. Así lo afirmamos cada domingo cuando hacemos nuestra profesión de fe al rezar el credo: «Por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre».

En este año 2025 se cumplen 1700 años del concilio de Nicea, un acontecimiento que marcó definitivamente el curso de la Iglesia al establecer de manera normativa la fe en la divinidad de Jesús, que no es un ser inferior a Dios sino, todo lo contrario, «de la misma naturaleza del Padre». Es posible que nos hayamos acostumbrado a recitar de manera algo mecánica, y quizá sin comprenderlo a fondo, el símbolo de nuestra fe. El año jubilar representa una ocasión idónea para releerlo desde nuestra fe adulta, para apropiarnos personalmente de su contenido y buscar con sinceridad cuál es su significado para nuestra propia vida.

Invitación a peregrinar, a descubrir los signos de los tiempos, a captar el rostro humano de la esperanza y a visitar el misterio de la encarnación. Estas son algunas de las oportunidades que el año jubilar, recién estrenado, nos ofrece. Ojalá no dejemos que se escapen.



Avivar la llama

Pistas para dialogar en familia:

1. ¿Qué podemos hacer para vivir con más consciencia y profundidad este año jubilar?
2. ¿En qué personas o situaciones estoy descubriendo actualmente el «rostro humano de la esperanza»?
3. ¿Qué significa para mí, en lo concreto de mi vida, la encarnación del Señor?

MARGARITA SALDAÑA MOSTAJO

Teóloga